

TIRO AL POLLO



Quien no haya tenido la fortuna de presenciar una sesión de "Tiro al pollo", no puede formarse una idea, ni siquiera aproximada, de lo emocionante que resulta este singular deporte campesino, que goza de enorme popularidad en el valle del Almanzora.

El "Tiro al pollo", viene a ser algo así como el Tiro de pichón que practican los señoritos, solo que en versión rústica y a lo pobre. Tan a lo rústico y pobre, que en lugar de escopetas se utilizan piedras y गयाos; y en lugar de pichones zuritos, pollos tomateros.

El acontecimiento que he tenido la suerte de presenciar, y que voy a describir, ha tenido lugar en una amplia era comunal del pago de Burjulú, y se ha organizado con ocasión de la fiesta de la Virgen patrona de la ermita local.

En un extremo de la era en cuestión, que es muy amplia, y delante de una casa, que es también tienda de comestibles y ventorrillo, han plantado cuatro palos, sobre los cuales han tendido unos cordeles de los que cuelgan unas guirnaldas de papel de colores, que es lo que da carácter de fiesta al improvisado escenario. Los palos, además de aguantar las guirnaldas, servirán



después para sostener los carburos que iluminarán el cuadro al anochecer.

Como en todas las fiestecillas del campo, no faltan los vendedores de golosinas, con sus mesas cubiertas de papel de seda, ofreciendo los clásicos bizcochos bañados, duros como piedras, y la consabida botella de aguardiente para servir copas a perra gorda. Todo el equipo de estas confiterías y bares ambulantes, consiste en una arquilla llena de bizcochos; una botella de aguardiente dulce; una media docena de copas, que parecen macizas por lo grueso del cristal, y una palangana con agua, que sirve para enjuagar las copas cada vez más que se utilizan. Esto quiere decir que se observa el detalle higiénico de cambiar las copas, aunque el agua de la palangana sea siempre la misma. Es la costumbre.

En el programa de festejos hay procesión con la Virgen dando la vuelta a la era, que está muy cerca de la ermita, seguida de la sesión de "Tiro al pollo" en sus dos modalidades, para finalizar con la sesión de baile que se prolongará hasta bien entrada la noche. Los palos de delante de la tienda se han colocado para enmarcar la pista de baile.

La era está animadísima desde primeras horas de la tarde, pues la gente del campo, que no tiene oportunidad de disfrutar de muchas diversiones a lo largo del año, no se pierde ninguna de estas fiestas locales, que les da ocasión de juntarse, echar una canita al aire, y estrenar ropa nueva.

La gente joven, que no tiene canas que echar al aire, aprovecha estas concentraciones festivas para conocer caras nuevas, y especialmente los mozos, para contemplar el "ganao" disponible, y echarle el ojo a alguna zagala nueva que no conocían, con vistas a rondarla luego si la cosa se terciá.

Para los mozos solteros, estas fiestas vienen a ser algo así como ferias, donde se les ofrece una oportunidad cómoda de apreciar todo el material disponible en mozas casaderas.

Hay infinidad de chiquillos y chiquillas correteando de un lado para otro, todos con sus ropicas nuevas, y casi todos chupando pirulis de caramelo, o comiendo garbanzos torraos. No hacen otra cosa en todas las fiestas que he visto.

El escenario del "tiro al pollo", está emplazada en la otra punta de la era, donde al principio no hay nadie porque la atracción está entre la ermita y el ventorrillo, pero luego se volcará hacia allí toda la concurrencia. También han clavado dos palos, como si se tratase de marcar la portería de un campo de fútbol, ya que están a una distancia similar uno del otro, y entre los dos hay tendida una cuerda como a dos metros de altura del suelo. Este facsímil de portería futbolística, será utilizado en su momento para practicar la segunda modalidad de "tiro al pollo" programada para la tarde, pues como ya indiqué al principio se van a celebrar tiradas de las dos clases de este original deporte; es decir, de piedra y de garrotazo.

El organizador de estas pruebas deportivas, pues siempre hay en estos casos un buscavidas que se ocupa de organizar el tinglado para llevarse las perras,

ha decidido hacer en primer lugar el tiro de piedras, lo cual anuncia a grandes voces metiéndose entre el gentío, a la par que muestra media docena de pollos, tres en cada mano, que levanta sobre su cabeza, para que la gente los contemple y se anime a participar en el tiro.

En cuanto ha terminado el pregón con la exposición de premios, la gente se ha volcado de golpe al otro lado de la era, formando un amplio semicírculo de espectadores, en cuyo centro ha quedado como diámetro los dos postes con la cuerda. Al lado opuesto de esta línea no se ha colocado nadie, porque a ese lado es donde van a ir a parar las piedras cuando comience el festejo.

Para ello ha dispuesto al promotor dos capazos llenos de piedras ruleras, que en lenguaje técnico llaman cantos rodados, de tamaño medio similar al huevo de gallina, los cuales están situados como a veinte metros de los palos con la cuerda. Es la distancia reglamentaria a que debe hacerse el tiro.

Un poco pasada la línea de la portería, y en su mismo centro, hay preparado un hoyo pequeño, pero de tamaño adecuado para que pueda acomodarse un pollo con las patas atadas, cosa que era fácilmente apreciable aun sin acercarse a medirlo, porque en cuanto la gente formó el semicírculo, metieron uno de los pollos exhibidos en el agujero, relleno de tierra sobrante con tierra y paja, de forma que el pobre animal quedó perfectamente empaquetado, asomando solo el cuello y la cabeza. De lejos, el rojo de la cresta semejava una amapola solitaria en la lisa superficie de la era, pero una amapola que se movía de un modo raro.

Una vez colocado el pollo en su sitio, el promotor de la fiesta comenzó a dar voces de nuevo animando a la concurrencia para participar en la tirada, a razón de un real el par de piedras. Se adelantaron hasta los capazos media docena de mozos, que fueron

soltando el real a cambio del derecho a escoger un par de piedras de los capazos.

Y comenzó la emocionante prueba.

El primer tirador, un zagalón de pelo rubio, lanzó precipitadamente sus dos piedras, pasando la primera a dos palmos de la cabeza del pollo por la izquierda, y la segunda, que iba mejor dirigida se le fue alta. No repitió más tiradas.

Entró a continuación otro muchacho que disparó cuatro piedras seguidas, pero con tan mala puntería, que hizo reír al público por su poca destreza.

El muchacho que actuó en tercer lugar era mucho más diestro, ya que las dos primeras piedras que lanzó pasaron a escasos centímetros de la cabeza del pollo, y en la tercera logró tocarle el cuello de refilón. Salieron corriendo tres o cuatro hacia el pollo tocado pero el tiro no era válido.

Debo informar al lector que este apasionante deporte del tiro al pollo se ajusta a unas reglas muy estrictas, y no vale que la piedra se limite a tocar la cabeza del pollo, sino que es preciso que además le haga sangre. Si la pedrada no produce sangre, el tiro se considera nulo.

También debo aclarar que el pollo en cuestión, como criado en plan cerril, como se crían estos pollos camperos, tenía más reflejos que un espejo, y en cuanto se dio cuenta, a las dos primeras piedras, de donde venían los tiros, puso un especial cuidado en ladear la cabeza cada vez que se le acercaba un canto silbando. Resultaba pues un blanco movible muy difícil de acertar.

De todos modos, el mozo que le había tocado de refilón, puso especial atención en la cuarta piedra que le quedaba, la cual fue derecha a la cabeza del pollo destrozándole la cresta. Esta vez sí hubo sangre bien visible, y el propio tirador desenterró el pollo y se lo llevó triunfante.

Así cayeron hasta cuatro pollos en cuestión de poco más de media hora de lanzar piedras. Tiempo que el público lo pasó divinamente; divirtiéndose a costa de los torpes que no lograban acertar un tiro, y saltando de emoción cuando una piedra pasaba rozando las plumas del cuello o le acertaba de lleno. Cuando esto sucedía, se escuchaba en la masa de espectadores un prolongado ¡Uyyy...!

Cuando el promotor advirtió que decaía el entusiasmo por tirar piedras al pollo, decidió dar paso a la otra modalidad de tiro, para la cual había dispuesto aquella especie de portería con los dos palos y la cuerda.

Esta otra modalidad de tiro al pollo, que más bien debía llamarse "estacazo al pollo", es más propia para ejecutarla en aldeas y caseríos, porque requiere mucho menos espacio para el montaje, y evita el peligro de que las piedras descalabren a alguien.

El promotor ha tenido la feliz ocurrencia de organizar aquí las dos modalidades, porque sabe por experiencia que el público se divierte a lo grande con esta otra manera de destrozarse pollos.

El semicírculo que antes formaba el público, se ha convertido en círculo completo alrededor de los palos para presenciar el nuevo espectáculo. Ahora el pollo, que sigue siendo el protagonista de la fiesta, no es enterrado en el suelo con el cuello fuera, sino colgado de las patas en mitad de la cuerda tendida entre los palos, a una altura que se toca perfectamente con las manos.

En esta modalidad de tiro, la gracia consiste en darle al pobre pollo así dispuesto, un garrotazo que le haga sangre. Aquí tampoco vale el golpe que no produzca sangre bien visible. Golpe, que de paso sea dicho, es único en cada intento. Es decir, que el participante que intenta la proeza de llevarse el pollo, puede descargar un garrotazo cuando piense que está en la posición correcta, pero no puede repetir la acción si falla el golpe.

El lector pensará que es cosa facilísima acertar a la primera estando el pollo tan bien colocado, pero puedo asegurarlo que no lo es, y voy a explicar el por qué.

Al igual que en el tiro con piedras, el participante tiene que soltar las perras antes de actuar. En este caso la actuación cuesta un real justo.

Una vez realizado el pago, se sitúa al participante en punto situado como a unos diez metros de la vertical del pollo, que es el punto oficial de salida. Esta distancia fija tiene el cuidado de medirla a pasos los participantes antes de actuar, con la pretensión de que esta medida les sirva de norte a la hora de actuar, lo cual no deja de ser una pretensión vana. Una vez situado en el punto de salida, le colocan al participante un pañuelo negro tapándole los ojos, y lo proveen de gayado para que arrée el estacazo. Pero... y aquí está la clave de los fracasos, antes de permitirle que avance hacia el objetivo del pollo, el promotor y algún ayudante espontáneo, le dan al vendado unas cuantas vueltas sobre su propio eje, de forma que cuando lo sueltan haya perdido totalmente el sentido de la orientación. Y aquí es donde empieza la diversión del público, porque casi siempre los participantes salen caminando en direcciones distintas a la correcta, contando atentamente sus pasos, y una vez que piensan que han llegado junto al pollo, toman posición y descargan el garrotazo al aire, con gran contento del gentío que lo goza viendo al pobre vendado caminar a ciegas hacia el fracaso más rotundo. Algunos se desorientan de tal manera por efecto de las vueltas que les dan antes de salir, que luego cuentan los pasos medidos en dirección totalmente opuesta al pollo, o caminando en círculo para terminar en el mismo punto de salida. En realidad, el espectáculo está más en los participantes que en el pollo colgado.

No obstante las dificultades del juego, siempre hay expertos que no se despistan con las vueltas y cuando toman la salida van derechos al pollo. El que luego acierten con el garrotazo, y que éste haga sangre, ya es cuestión de suerte. De todos modos, los pollos acaban siempre destrozados por un estacazo.

Al igual que sucede con el tiro de piedra, la emoción de la gente se produce cuando el gayao pasa silbando junto a las plumas del pollo, provocando el ¡Uyyy...! a coro de todos los espectadores.

Puede que el lector encuentre este tipo de diversión un tanto cruel, pero tampoco resulta menos sangrienta la elegante demostración deportiva del tiro al pichón.

